



Junio 8 de 2010

GEOTRÓPICO

Número
NS 4

ISSN 1692-0791

Publicación electrónica arbitrada por pares — <http://www.geotropico.org/>
A peer-reviewed online journal

La relación ambiente y desarrollo vista desde la geografía*

Delfina Trinca Figuera

Instituto de Geografía y Conservación de Recursos Naturales
Facultad de Ciencias Forestales y Ambientales
Universidad de los Andes – Mérida, Venezuela

Manuscrito recibido: marzo, 2010
Artículo aceptado: mayo, 2010

Resumen

Desde la llamada Revolución Industrial, la relación ambiente y desarrollo ha sufrido múltiples, y en ocasiones, profundas transformaciones. ¿Desde cuándo el ambiente se convierte en un problema? ¿Será desde el momento en el que el ambiente deja de ser una referencia inmediata para cualquiera de nosotros y se torna global? Pareciera que el mensaje fuese que después de haber 'civilizado' a la naturaleza, nuestro deber ahora es 'protegerla', pero, paradójicamente, de nosotros mismos. Ante esta postura, somos de la opinión de que se debería asumir que aceptamos estar en igualdad de condiciones que el resto de los seres vivos y que, al igual que estas 'otras sociedades', tenemos que internalizar a la naturaleza, pues no existe un exterior humano. La explotación de la naturaleza no nos coloca fuera de ella: sólo nos define como una cultura particular. Las reflexiones que se presentan en el artículo tienen como eje articulador discutir sobre estas ideas, pero revisándolas desde la Geografía.

Palabras claves: *Naturaleza, civilización, cultura, técnica, interacciones hombre-medio*

Ambiente y desarrollo

La palabra ambiente procede del latín *ambiens*, *-ambientis*, y ésta de *ambere*, 'rodear', 'estar a ambos lados'. Con base en su etimología se puede decir que una de las tantas defi-

* Una versión preliminar de este trabajo se presentó en el marco de las X Jornadas Cuyanas de Geografía. Mendoza (Argentina), 28 al 31 de mayo, 2008.

niciones que sobre el ambiente se pueden dar es la de concebirlo como el entorno que nos rodea y que afecta y condiciona especialmente las circunstancias de la vida de las personas o de la sociedad en su conjunto. Comprendería el conjunto de valores naturales, sociales y culturales existentes en un lugar y un momento determinado, que influyen en la vida del hombre y en las generaciones venideras (García Pelayo y Gross 1991). Es decir, no se trata sólo del lugar en el que se desarrolla la vida sino que también engloba a los seres vivos, objetos, agua, suelo, aire y las relaciones entre ellos, así como elementos tan intangibles como la cultura.

Vista esta definición, es innegable la estrecha relación que existe entre el entorno en el que se desarrolla la vida, en particular la de los seres humanos, y su incansable marcha hacia el objetivo de vivir cada vez siendo menos dependientes, precisamente, de ese entorno.

Si bien la noción de desarrollo es relativamente reciente (su uso se populariza después de la Segunda Guerra Mundial), ya desde el siglo XIX (por no decir desde que se incrementó la producción por unidad de tiempo, gracias a la incorporación del carbón como fuente de energía), su contenido conceptualmente hablando fue asociado con términos como progreso y evolución (y a principios y mediados del siglo XX, con crecimiento e industrialización), lo cual nos lleva a entender por qué muchos pensadores del ámbito de las ciencias sociales, en particular de la ciencia económica, suelen referirse a él como el proceso por el cual las sociedades pasan de condiciones de existencia caracterizadas por la baja producción y la pobreza a un nivel mucho más alto de consumo y de calidad de vida material (Sabino 2001).

Es importante destacar que esta manera de interpretar al desarrollo nos conduce a una pregunta que Wallerstein (1991) ya se hacía a inicios de los años noventa del siglo pasado: el desarrollo ¿es el desarrollo de qué? La palabra desarrollo tiene dos acepciones diferentes: a) cuando se refiere a los procesos propios de un organismo biológico y, b) cuando simplemente significa más. En el primer caso, todos los fenómenos orgánicos tienen su vida o historia natural: nacen, crecen (o se desarrollan) y mueren. Puesto que se reproducen, la muerte de un individuo nunca será la muerte de la especie. La analogía con el mundo social parece clara: las sociedades nacen, crecen... No se discute mucho sobre la muerte.

En el segundo, la connotación es mucho más aritmética que biológica. En este caso, la analogía está en función de una proyección lineal y el infinito está distante, pero allí. Como posibilidad social esta idea fue sumamente alentadora, mucho más si se piensa, por ejemplo, en un conjunto de grupos que se encuentran ubicados en una escala en términos de la cantidad de posesiones, todos buscando más, los grupos del extremo superior de la escala sólo tienen el vacío ante ellos, pero los grupos de los extremos inferiores tendrían por límite a los que se encuentran por arriba.

Si vemos, la segunda manera de entender el desarrollo, es decir como la búsqueda y el subsecuente logro de 'más, es la historia del sistema capitalista, que no ha hecho más que legitimar socialmente el deseo de acumular cada vez más. En palabras de Wallerstein (1991: 13) "el resultado científico tecnológico de este sistema ha creado algunos espectáculos bien visibles de acumulación y un impresionante nivel de consumo para alrededor del 10 ó 20 % de la población mundial".

En estos más de 250 años, la relación entre el hombre organizado social y políticamente y la naturaleza ha sufrido múltiples y, en ocasiones, profundas transformaciones. Y la más de las veces sus resultados objetivos no han sido muy favorables para esta última, por no decir que para la gran mayoría de los seres humanos tampoco lo ha sido. Si bien el proceso de desarrollo ha contribuido para que muchos hayan salido de la pobreza,¹ también es verdad que aún existen millones de personas que se mantienen en esta situación, con el agravante de que nuestra planeta está dando muestras inequívocas de que se está resintiéndose de la explotación de la que ha sido objeto por parte de los seres humanos, sobre todo desde mediados del siglo XVIII.

Pero, a partir de mediados del siglo pasado sobre todo, los problemas ambientales asociados con la búsqueda del desarrollo adquieren mayores dimensiones. Por lo general, los llamados países ricos son vistos como los principales causantes del deterioro ambiental; sin embargo, en estos momentos la responsabilidad es compartida con muchos otros cuya población, en su gran mayoría, no tiene la calidad de vida que ostenta buena parte de aquella de los primeros. El ejemplo de lo que ocurre con el río Amarillo en China es tal vez uno de los más emblemáticos, por los millones de personas involucradas. Desde hace algunos años, los lagos glaciares de los que se alimenta este río vienen reduciendo su nivel, hecho que está íntimamente asociado con el cambio climático. El Amarillo, que fluye desde tiempos inmemoriales por zonas densamente pobladas del norte de China,² presenta, además de claros indicios de contaminación, señales inequívocas de estar reduciendo su caudal: “De un curva del río a la siguiente, surge una cadena evolutiva: de nómada a agricultor, de granja a fábrica y de fábrica a ciudad” (Yardley 2006). Mientras en otros países este cambio demoró siglos, en China ocurre en sincronía. De persistir los problemas con el río Amarillo, el desarrollo económico en el que se ha embarcado este país, por demás legítimo, podría verse seriamente amenazado. En igual situación se encuentran muchos de los llamados países emergentes.

En nuestros días, el encuentro del creciente mundo industrial y la pobreza extrema en la que viven millones de personas, nos induce a *reflexionar* si en verdad los ingentes esfuerzos realizados para ocuparse de los problemas asociados con el desarrollo y el ambiente han tenido los resultados esperados. Todo parece indicar que NO es así, pues las dificultades del planeta continúan agravándose. Si nos detenemos a observar lo que se ha hecho en materia ambiental desde la ECO 92, realizada en Rio de Janeiro, Brasil (1992), pasando por Johannesburgo diez años después (2002) hasta el presente, el balance no es muy alentador. Existe plena conciencia de que el planeta ya no tiene la misma capacidad de recuperación ante el uso y el abuso que de los recursos ha hecho el ser humano, sobre todo desde mediados del siglo XVIII y mucho más desde la segunda mitad del siglo XX. Nada sugiere que los distintos esfuerzos realizados desde diferentes ámbitos (gubernamentales o no; académicos, etc.), vaya a mejorar el creciente deterioro que sufre el ambiente.

Ante esta situación, varias alternativas se han planteado: desde aquella que sostiene que lo primordial debe centrarse en el cómo se le garantiza a las generaciones futuras satisfacer sus necesidades (aquí subyace la noción del desarrollo humano y sostenible), para lo cual se debería enfatizar más en el ser que en el tener; hasta la que afirma que se debe descartar cualquier ‘desarrollo’ que incluya la idea del crecimiento económico (de hecho, preconiza el decrecimiento económico), pasando por posturas intermedias que sustentan que todos los seres humanos tienen el derecho de satisfacer, por lo menos sus necesidades básicas, lo que necesariamente significa pasar por un período de crecimiento económico, pero aceptando que este crecimiento no puede ni debe ser infinito. Esta última alternativa implicaría repensar la noción de riqueza que se maneja hoy en día (Trinca 2007).

¿Qué nos reclama la Tierra a los hombres? En si nos reclama: o trabajamos a favor de buscar el ‘equilibrio’ entre ella y nosotros o no podremos garantizarle a las generaciones futuras una calidad de vida similar a la que tenemos hoy día (por cierto cada vez más deteriorada si pensamos en los millones de personas en todo el mundo que vive con menos de 1 dólar al día, a pesar de todos los avances que se ha obtenido en materia de calidad de vida).

Si miramos hacia atrás podemos observar como la relación entre los seres humanos y su entorno está marcada por la progresiva ruptura entre ambos; este proceso se acelera desde el instante en que el hombre se descubre a sí mismo como individuo e inicia, lo que Milton Santos (1996) denomina la mecanización del planeta, con el único afán de pretender su dominación. A partir de la Revolución Industrial, los hombres precipitamos la artificialidad de la naturaleza al demandar cada vez más de ella bajo el loable lema de construirnos una vida mejor.

¿Qué ha pasado en estos más de doscientos cincuenta años? Los seres humanos, a pesar del gran esfuerzo que hemos realizado para distanciarnos de nuestro origen en tanto que seres vivos, convivimos en un entorno social que es inseparable del natural en el cual desplegamos nuestras acciones. Por tanto, los ‘ataques’ a nuestro entorno no son más que ‘ataques’ a nuestro modo de vida. Este proceso demuestra como ha sido el perenne enfrentamiento entre la historia de los hombres y la del planeta.

¿Cuándo el ambiente se transforma en un problema? Todavía hasta mediados del siglo pasado la preocupación con el ambiente se limitaba, en términos generales, a verlo en singular, por su reducción al entorno inmediato, ya que la concepción que prevalecía era la de que toda acción humana tenía su correspondiente ambiente (no trascendía más allá de). Por tanto, tantas culturas, tantos ambientes. No había nada en ‘esos ambientes’ que nos indujera a pensar en un ambiente a escala planetaria; un ambiente en ‘singular’.

Nuestro entorno era visto como el gran reservorio de nuestras acciones siendo el ambiente por lo tanto, todo lo que nos rodeaba. Cuando se torna global dejó de ser lo que nos envolvía para transformarse en algo que nos invade y del que tenemos que ocuparnos. Por ejemplo, la capa de ozono formaba parte de ‘nuestro(s) ambiente(s)’ mientras estuviera infinitamente distante del acto de apretar un aerosol; sin embargo, se tornó parte de ‘nuestro’ ambiente desde el momento que no podemos apretar un aerosol sin sentirnos ‘inquietos’ por lo que este acto significa para ella. Igual sucede con el calentamiento global, las emisiones de dióxido de carbono, los transgénicos, etc.

Todos estos problemas que dicen con respecto al ambiente nos remiten a la propia historia del hombre y al cómo éste lo ha asumido. Hoy en día forma parte del cotidiano de los seres humanos la preocupación por tal o cual especie en peligro de extinción, muchas de las cuales sólo hemos visto en programas de televisión o en películas. Ahora estos documentales ya no muestran las especies que debemos ‘domar’ cuyo hábitat no conocemos bien y por ello nos inquieta. El mensaje ahora es que después de haber ‘civilizado’ a la naturaleza, nuestro deber para con ella es la de protegerla, sobre todo de nosotros mismos (Latour *et al.* 1998).

Pasamos de un acto ‘civilizador’ a uno ‘protector’ de la naturaleza. De ‘violadores’ de una naturaleza supuestamente dominable, gracias a las revoluciones científico-técnicas, a pelear entre nosotros por los pingüinos del Atlántico Sur y las manchas de petróleo que aparecen en su ruta migratoria; por la pérdida progresiva del hábitat del oso panda de China ante la marcha implacable de la civilización: No importa si son papagayos de la selva amazónica o los elefantes de Tailandia, la naturaleza debe ser protegida.

La madre naturaleza ya no es la diosa: Ella se ha vuelto infinitamente frágil, desprotegida, mucho más que el hombre, y por tanto debemos protegerla, pero de qué o de quienes: aunque no lo parezca, de nosotros mismos. Ante esta nueva situación cabe preguntarse: ¿Cómo lo que antes debía ser conquistado, civilizado, ahora debemos protegerlo? ¿Cómo incluir a la naturaleza en lo que llamamos civilización? Nadie puede negar que si continuamos sin mirar al planeta como nuestro hábitat su respuesta va a resultar muy dolorosa para todos nosotros.

Resulta por tanto impostergable para los estudiosos de las ciencias humanas, en particular para la geografía en tanto que ciencia que ha pretendido erigirse como una descripción de la Tierra, de sus habitantes y de las relaciones entre éstos y de las obras resultantes (lo que incluye toda acción humana sobre el planeta), (Santos 1996), que aceptemos que la variable ambiental debe ser considerada e incorporada en nuestros análisis, no ya desde la perspectiva de ver a la naturaleza como algo que está ‘fuera’ de nosotros; nuestra relación con ella debe encaminarse en términos de mutuo respeto; un respeto que no puede ni debe ampararse bajo la consigna de que nuestros actos han contribuido a su deterioro, por no decir a su destrucción.

Una actitud semejante sólo reafirmaría una conducta de separación entre nosotros y nuestro hábitat: Debemos asumir una conducta que transmita, de manera inobjetable, que aceptamos estar en igualdad de condiciones que el resto de los seres vivos que existen en la Tierra, y que al igual que estas 'otras sociedades' tenemos que internalizar a la naturaleza, ya que no existe como algo exterior a nosotros. Ahora sabemos que nuestras acciones son peligrosas para TODOS. La explotación racional (o la razón instrumentalizada al decir de Milton Santos) de la naturaleza no nos coloca fuera de ella, sólo nos define como una cultura particular.

El tema visto desde la geografía

El tema ambiental ha estado presente en la geografía, sobre todo desde la aparición de la llamada Geografía Moderna. Pero más que el 'ambiente', lo que estaba representando la línea más tradicional de esta ciencia era la investigación del medio natural (por no hablar de la naturaleza), bajo la consideración de que éste era algo real, pero ajeno a los hombres por lo tanto objetivable por ellos. Desde esta perspectiva, la investigación científica permitiría conocer las condiciones de la naturaleza e intervenirla racionalmente (Capel y Urteaga 1982).

Como se puede apreciar, esta manera de apartar, separar al hombre de su entorno es consustancial con el momento histórico de llevar la civilización a la naturaleza. En el caso de la geografía, esto significó separar los fenómenos en dos esferas independientes: por un lado, la de los fenómenos naturales y, por el otro, la de los sociales, o porque no decirlo, en la división de esta ciencia en sus vertientes física y humana. La primera estrechamente asociada con lo natural y sus manifestaciones; la segunda, con el ámbito de acción del hombre (Vargas 2005). De allí que todo lo relativo a la naturaleza (o al ambiente, como diríamos hoy día) comenzó a ser tratado desde la geografía física y, durante varias década del siglo XX, bastante ignorado por la geografía humana.

La pregunta de si la geografía es una ciencia social, una ciencia natural o una combinación de ambas la ha acompañado desde hace mucho. Y a esta interrogante le subyace tanto la noción de que la naturaleza es la base material sobre la cual se desarrolla la vida humana (aquí está presente la idea de contenedor), como la de que sólo es una categoría separada de lo social.

Las posturas deterministas y posibilistas de fines del siglo XIX y principios del XX, en concordancia con el sistema de pensamiento de la época, ven a la naturaleza en tanto que entidad dominadora. En el siglo XIX, sobre todo se pensaba que la naturaleza "era la que colocaba los límites al desarrollo de la sociedad y que ésta estaría, por lo tanto supeditada a sus designios" (Vargas 2005: 291). Ya entrado el siglo XX, la naturaleza era percibida como una entidad que ofrecía un conjunto de oportunidades para la acción de los hombres y sobre las cuales los individuos poseían diferentes grados de libertad para escoger (*Ibid.*)

En ambas corrientes se continúa viendo a la naturaleza como algo exterior al hombre y a la que se podía acceder previo conocimiento de sus características y leyes. En el caso del determinismo, esto se observa en las premisas teóricas que condicionan la búsqueda de los resultados geográficos a las condiciones naturales. En el posibilismo, en las estrategias metodológicas que "se verificaban como conclusiones en las experiencias empíricas realizadas" (*Ibid.*). Un avance dentro de esta perspectiva la tenemos plasmada en la llamada Geografía Cultural, en particular con el concepto de paisaje cultural, al enfatizar en la relación cultura / naturaleza.

A mediados del siglo XX, con el surgimiento de la denominada Geografía Cuantitativa, la naturaleza se reduce a detalles o complicaciones menores. Lo que importaba era elevar esta disciplina a la categoría de 'ciencia' y para ello se trabajó con una noción de espacio (abstracto), que desconocía de manera explícita a la naturaleza. Esta actitud, cónsona con

el sistema de pensamiento dominante en la ciencia de la época, mantiene la visión de la naturaleza como algo externo a los seres humanos.

La naturaleza 'regresa' a la geografía como consecuencia de la crítica a las posturas resultantes de la ciencia espacial (cuantitativa). A partir de los años sesenta del siglo pasado comienza todo un cuestionamiento sobre la 'naturalidad' de la naturaleza. Las diferentes posiciones que emergen durante este proceso (tecnocéntricas), si bien sustentan que la naturaleza debe ser sometida, sobre todo mediante la ciencia (aquí estamos en presencia de la visión de la naturaleza como entidad a ser dominada), también lo es que sigue siendo asumida como algo externo a nosotros. De igual forma, es pertinente destacar las posturas ecologicistas, de las que la geografía también se hizo eco, que sostenían (y sostienen) que debemos entrar en armonía con nuestro entorno o el futuro de la humanidad podría estar en entredicho. Las más extremas pregonan incluso que se debe descartar cualquier 'desarrollo' que incluya la idea del crecimiento económico.

Con la adopción del materialismo histórico y dialéctico como el método para abordar el objeto de estudio de la geografía, se priorizó el análisis centrado en las relaciones capitalistas de producción, puesto que ellas serían las que originan o producen la propia naturaleza (aquí estamos hablando de la denominada por los marxistas como segunda naturaleza). Esta perspectiva significó escoger el campo en el cual los geógrafos desarrollarían sus investigaciones: el de los fenómenos naturales o el de los sociales. Lo natural sólo interesaría en tanto que recursos para la vida humana. Está demás señalar que desde esta postura, la naturaleza vuelve a ser dejada de lado, pues la mantiene como algo externo a la vida social al presentarla excesivamente dependiente de los impulsos del desarrollo capitalista.

En tiempos más recientes (fines de los años noventa del siglo XX), esta postura se revisa al otorgarle a la naturaleza algún grado de 'resistencia', pero no avanza en el sentido de internalizarla como algo que no existe fuera de nosotros. Esto se observa, por ejemplo, en el hecho de que la geografía física sigue siendo la que se ocupa del mundo natural y, la geografía humana, del social y cultural (Frolova y Bertrand 2007).

La propuesta metodológica presentada por Milton Santos de trabajar este asunto desde un enfoque basado en el fenómeno técnico es un salto epistemológico importante en el sentido de que la naturaleza y el objeto de estudio de la geografía (el espacio geográfico) se redefinen a partir de la evolución de la técnica, y cuya periodización puede servir de base para reconocer la historia territorial (cómo se ha organizado y se organiza el espacio).

La definición del objeto de estudio de la geografía como un conjunto indisociable de sistemas de objetos y sistemas de acciones nos remite a la idea de híbrido (Santos 1996), manejada por Latour (1991). Este último autor sostiene que la epistemología en la que se sustenta la modernidad sembró el equívoco de trabajar con conceptos puros. "La separación entre un poder científico, representativo de las cosas y un poder político, representativo de los sujetos" (Latour 1991: 47), es uno de los puntos de partida de la separación entre naturaleza y cultura. Hoy día es bastante difícil para el hombre común distinguir, con claridad entre las obras de la naturaleza y la de los hombres, indicando dónde terminan unas y comienzan las otras, o dónde culmina lo puramente técnico y dónde comienza lo estrictamente social. De allí que teorizar por separado sobre la naturaleza y la sociedad nos conduce a mantenernos fuera de la naturaleza. Debemos abordar el análisis de ambos en conjunto. Ambos requieren de una explicación conjunta.

Los objetos creados por el hombre social a través de la historia tienen una limitación dada por su contenido técnico. Conociendo este contenido podremos aproximarnos a conocer el por qué de la organización del espacio que presenta cualquier lugar, en un momento histórico determinado. Todo período histórico tiene la impronta de sus técnicas y, por tanto, una correspondiente familia de objetos con su correspondiente organización. No

olvidemos que los objetos existen para cumplir funciones específicas definidas por la sociedad de turno. Así, podremos toparnos con ‘viejos’ objetos (en el devenir varían de significación) coexistiendo con los ‘nuevos’, pero cada cual cumpliendo funciones que son propias del momento histórico que estamos analizando. Por ello se impone, para cada momento histórico, aprehender lo más característico del nuevo sistema de objetos y del nuevo sistema de acciones. Como bien dice Santos (1996: 81): “Siempre está creándose una nueva Geografía”.

Estas apretadas reflexiones nos inducen a pensar que la geografía está, de manera permanente, transformándose. Y en este devenir, muchas veces hemos perdido el rumbo, al centrarnos en discutir sobre la geografía en sí (¿Qué es la Geografía?), en lugar de detenernos a indagar sobre su objeto de estudio (el espacio geográfico), por lo tanto, en el método. En este sentido, el tema que nos preocupa en esta ocasión: La relación ambiente y desarrollo vista desde la Geografía, le debe su relevancia al momento histórico que estamos viviendo. En estos momentos, gracias al desarrollo técnico que caracteriza a nuestro tiempo, hemos tomado conciencia que la acción antrópica tiene efectos continuos y acumulativos, en función de los modelos de vida adoptados por la humanidad. De estos modelos provienen los graves problemas entre la naturaleza y la civilización material.

El abordaje de este tema desde la geografía debe hacerse desde su objeto, a partir de un sistema de conceptos construidos (o reconstruidos), desde *dentro* de la geografía, que nos permitan indagar sobre cómo se organiza el espacio en tiempos de globalización (y el rol que en ello desempeña la técnica que identifica este período); que nos permitan contextualizar por qué hablamos de ambiente (por no decir de medio ambiente) en lugar de naturaleza. Por qué insistimos en vernos como entes fuera de la naturaleza cuando en realidad, como bien lo señala Latour (1998), sólo somos una cultura particular en el concierto del mundo.

Approaching geographically the environment-development relationship

Abstract

Since the onset of the so-called Industrial Revolution the environment-development relationship has undergone multiple and oftentimes deep transformations. When does the environment become an increasingly serious concern for mankind? Did that condition evolved from the epoch when the local environment ceased to be a simple relational reference to anyone's life to instead becoming a global worrisome awareness? It might truly be that after man gradually civilized pristine nature, domestication changed into increasingly irresponsible spoilage forcing man to think and act otherwise. Namely, the man-nature relationship is to be re-defined, assigning man the role of protective agent, to paradoxically defend nature from society. Facing the need for a new role of culture, it is our opinion that time has come for civilized man to begin considering himself as no more than another species embedded in the environmental system. Just the same as "other societies" of living things do, ours must internalize nature, as there is no such a thing as a human exterior. Our very use of nature does not place man as an outsider; man merely is a product of nature which has evolved as a particular culture-maker. Reflexions set forth in this article are grounded around the discussion of these ideas, but from a geographical point of view.

Key words: *Nature, civilization, culture, technology, man-land interactions*

Notas

¹ Es común aceptar que el término pobreza está asociado con el hecho de que los seres humanos que están en esta situación sufren de múltiples privaciones: carecen de alimentos suficientes para satisfacer las necesidades de ingesta alimentaria básica diaria, carecen de vivienda, salud y educación, agua

potable y servicios públicos en general. “*La pobreza tiene múltiples caras, pero todas ellas coinciden con la privación como denominador común*” (España 2001: 10).

² En general, China tiene uno de los suministros más bajos de agua *per cápita* del mundo. El norte es hogar del 43% de sus más de 1.300 millones de habitantes, pero sólo del 14 % del suministro de agua del país.

Referencias

- García Pelayo y Gross. 1991. *Pequeño Larousse Ilustrado*. Paris, Ediciones Larousse.
- Capel, Horacio; y Urteaga, Luís. 1982. *Las nuevas geografías*. Barcelona, Salvat Editores, S.A.
- España, Luis Pedro. 2001. Superar la pobreza en Venezuela: El camino por recorrer. En *Superar la pobreza*, Documentos del Proyecto Pobreza, vol. 2, (Caracas, Universidad Católica Andrés Bello (UCAB) y Asociación Civil para la Promoción de Estudios Sociales): 7-27.
- Latour, Bruno. 1991. *Nous n'avons jamais été modernes*. Paris, La Découverte.
- Latour, Bruno; Schwartz, Cécile; e Charvolin, Florian. 1998. Crisis dos meios ambientes: desafios às ciencias humanas. En *Tecnociência e cultura. Ensaíos sobre o tempo presente* (São Paulo, Editora Estação Liberdade Ltda): 91-125.
- Frolova, Marina; y Bertrand, George. 2006. Geografía y paisaje. En *Tratado de geografía humana* (Barcelona, Anthropos – México, Universidad Autónoma Metropolitana): 254-269.
- Sabino, Carlos 2001. *Desarrollo y calidad de vida*. Caracas, Cedice - Editorial Panapo de Venezuela.
- Santos, Milton. 1996. *A natureza do espaço. Técnica e tempo. Razão e emoção*. São Paulo, Editora Hucitec.
- Trinca Fighera, Delfina. 2007. Ambiente y desarrollo. *Revista Geográfica Venezolana*, 48 (2): 159-161.
- Vargas, Gloria. 2005. Naturaleza y medio ambiente: una visión geográfica. *Revista Geográfica Venezolana*, 46 (2): 289-304.
- Wallerstein, Immanuel. 1991. Desarrollo: cinosura o ilusión. En *Estudios del desarrollo*, vol. 1, CENDES (Caracas, Universidad Central de Venezuela): 12-37.
- Yardley, Jim. 2006. Grandes saltos hacia adelante y hacia atrás. Un río revela las dificultades de la transformación económica china. *Diario El Nacional* (Caracas), noviembre 25, pág. 2, trad. de *The New York Times* (www.nytimes.com/video/YellowRiver).

Forma de citar este artículo:

Suggested citation

Trinca Figuera, Delfina. 2010. La relación ambiente y desarrollo vista desde la geografía. *GeoTrópico*, NS 4: 1-9. Online, acceso [insertar fecha de acceso o descarga]: http://www.geotropico.org/NS_4_Trinca.pdf

Correspondencia: Dra. Delfina Trinca Figuera, Instituto de Geografía y Conservación de Recursos Naturales, Facultad de Ciencias Forestales y Ambientales, Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela. trincad@ula.ve - delfina.figuera@gmail.com



GRUPO GEOLAT – BOGOTÁ

GEOTRÓPICO

Editor

HECTOR F. RUCINQUE, Ph.D.



Licenciado para uso personal gratuito bajo la *Creative Commons Attribution – Noncommercial – No Derivative Works 2.5 Colombia license*, especificada en: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/co/>

Licensed for free use under the *Creative Commons Attribution-Noncommercial-No Derivative Works 2.5 Colombia license*, available at: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/co/>